

Me hubiera gustado poder exponer las aportaciones de Amalia Catagnoti, "Traditions onomastiques sémitiques dans la documentation du III^e millénaire" (pp.145-154) y de Pelio Fronzaroli, "Structures linguistiques et histoire des langues au III^e millénaire av. J.-C." (pp.155-167). Pero ello hubiera supuesto extender esta reseña más allá de lo tolerable.

Creo que el hecho de que la simple consideración de cinco de los veintiséis artículos de este volumen haya dado lugar a esta amplia recensión es un buen testimonio del interés que puede despertar la obra.

ANTONIO TORRES FERNÁNDEZ

GALLEGO, MARÍA ÁNGELES *El judeo-árabe medieval; Edición, traducción y estudio lingüístico del Kitāb al-taswi'a de Yonah ibn Ġanāḥ*, Peter Lang AG, International Academic Publishers, Bern 2006. XI+180 págs. ISBN: 3-03910-860-3.

Interesante y valioso trabajo en el que la doctora María Ángeles Gallego revisa y actualiza los contenidos de su tesis doctoral, defendida en la Universidad Complutense de Madrid en el año 1996. Los motivos que llevaron a la elaboración de este trabajo surgían a partir de la realidad de las ediciones realizadas a lo largo del siglo XIX y comienzos del XX de este tipo de fuentes. Entre otros, los trabajos del más famoso de los lingüistas hebreos andalusíes, Abū-l-Walīd Marwān Ibn Ġanāḥ de Córdoba (c. 985/990 - d. 1039), merecen ser revisados, pues en estas ediciones no se ha respetado la naturaleza del judeo-árabe (JA), con todo lo que eso puede conllevar.

El volumen está compuesto por dos grandes bloques. El primero, totalmente nuevo, se encarga de describir la variante conocida como JA, mientras que el segundo, reelaboración de su tesis doctoral, se centra en el análisis lingüístico, edición y traducción del *Kitāb al-taswi'a* de Yonah Ibn Ġanāḥ. Ambos bloques han quedado perfectamente fusionados y la armonía reina entre los conceptos de ambas partes, siendo uno complemento del otro.

Tras un sucinto capítulo dedicado a la vida y obra de Ibn Ġanāḥ, a manera de nexos, la autora nos invita a una interesante descripción del JA (pp. 17-47), siendo éste uno de los puntos más fuertes y sólidos del volumen, que sin pretenderlo aparentemente, parece configurarse como

una introducción a la “historia del JA” en castellano y esperamos que la doctora María Ángeles Gallego continúe y complete plenamente esta carencia que padecemos a la hora de enfrentarnos al patrimonio andalusí. La conclusión más inmediata que se obtiene sobre la naturaleza del JA a partir de esta síntesis es que estamos ante una auténtica “caja de Pandora”. No todos los especialistas aceptan que se trate de una lengua o dialecto, de hecho siquiera hay unanimidad ni datos concluyentes que nos ayuden a entender qué es el JA propiamente dicho. Dado que los primeros testimonios escritos se remontan al siglo IX, época de expansión de la lengua árabe, el uso del JA es tan amplio como el propio mundo árabe, por lo que el análisis diacrónico ha de ser muy tenido en cuenta a la hora de enfrentarse a este enorme bloque lingüístico y literario. Es necesario, por ende, establecer los principales rasgos, períodos, contextos y clasificaciones del JA, objetivo conseguido por la doctora María Ángeles Gallego.

Los rasgos principales del JA son lingüísticos y literarios. Según la autora (p. 17) los primeros rasgos pueden resumirse en: empleo del alfabeto hebreo, reflejo de un árabe coloquial alejado de los usos del clásico o estándar, uso de pseudocorrecciones, presencia de terminología hebrea y aramea y rasgos fonéticos diferenciales respecto a otras comunidades del mismo entorno geográfico. En el plano literario, la emergencia de traducciones calco de la Biblia, conocidas como *šarḥ* (comentario, explicación), provocan la aparición de una lengua árabe específica empleada por los judíos arabófonos que se enfrentaban a las Escrituras hebreas.

En lo que se refiere a los rasgos lingüísticos del JA, la autora va desgranando cada uno de los elementos y las dificultades que pueden surgir en el análisis. Así, por ejemplo, en el caso del empleo del alfabeto hebreo su conclusión es que a pesar de que los alfabetos son elementos de un enorme simbolismo social y que el alefato está unido a la tradición judía y gozó de un rico uso en las sinagogas, aún sufriendo períodos de prohibición por parte de las autoridades musulmanas, “la utilización del alfabeto hebreo no es condición *sine qua non* para la clasificación de un texto como judeo-árabe” (p. 20). Dada la realidad de que autores caraítas de los siglos X-XII utilizan indistintamente el alifato y el alefato, no queda más remedio que aceptar que el uso de uno u otro alfabeto es una

cuestión de mera preferencia personal. Por lo tanto, el auténtico rasgo definitorio de este tipo de textos, según la autora, es que se trate de un escrito redactado por un judío y dirigido a un público judío también. Esta conclusión, aunque acertada, parece rizar el rizo a la hora de clasificar la naturaleza de textos redactados por judíos pero dirigidos a lectores arabófonos en general como, por ejemplo, el famoso *Fons Vitae* de Ibn Gabirol o el propio *Kitāb al-Taljīs* de Ibn Ġanāḥ. Por otro lado, sí resulta más claro el empleo de dos sistemas ortográficos diferentes a la hora de reflejar el árabe con letras hebreas: ortografía arabizada o clásica (s. X-XV), que adopta las convenciones ortográficas del árabe clásico por un lado, y ortografía fonética por otro. Esta última es mucho más compleja que la clásica a todos los niveles, pues se caracteriza por transcribir fonéticamente la lengua árabe y se reconocen incluso períodos (primitiva hasta el s. X y tardía a partir del s. XV).

Otra de las características del JA es la presencia del estadio árabe conocido como neo-árabe que es, en realidad, la lengua coloquial. De este estadio apenas tenemos noticias, ya que los musulmanes tienden a emplear el clásico por una cuestión de prestigio literario y en intento de emular al Corán. Hoy, gracias a textos judíos, cristianos y a composiciones populares como el zéjel, se va teniendo acceso a esa parcela de la historia de la lengua árabe medieval, tantos años reprimida y oculta. En este punto, radica la importancia del JA, que deja de ser materia de unos pocos hebraístas para transformarse en objeto de estudio por parte de arabistas, ya que los textos judeo-árabes suelen aportar una mayor información sobre el árabe dialectal al estar los judíos libres del ideal de pureza lingüística de los musulmanes a la hora de emplear la lengua del Corán. Esta libertad, sin embargo, no va a significar que el autor que se exprese en JA no intente conseguir el mayor grado de corrección gramatical, y en ocasiones, esa búsqueda lleva a la aparición de hipercorrecciones e hipocorrecciones. No es justo, sin embargo, juzgar el conocimiento de la lengua árabe por parte de un autor a partir de estas pseudocorrecciones, pues muchas de ellas se fueron estandarizando a lo largo del proceso de fijación y redacción.

Por cuestiones metodológicas, el JA puede dividirse en cuatro grandes bloques o períodos: a) primitivo (anterior al s. X): se caracteriza por el empleo de una ortografía fonética, la mayoría de los textos proceden de Egipto; b) medieval o clásico (ss. X-XV): emplea una

ortografía arabizada y es el período de máximo esplendor literario; c) tardío (ss. XV-XX): emplea una ortografía fonética con rasgos arabizados, más tolerante con la presencia de elementos dialectales y vehículo de expresión de la literatura de *šarḥ*; y d) moderno (ss. XX-XXI): muy similar al período anterior, se caracteriza por producir una literatura de corte popular y folclórica y por el hecho de mantenerse vivo, lo cual permite su estudio dialectológico a todos los niveles, si bien, tras la fundación del estado de Israel, este estadio ha quedado herido de muerte junto con el ladino y otras lenguas judías, por lo que la tarea resulta de emergencia.

Dadas estas realidades, la autora revisa la crítica histórica para aclarar qué es el JA. Partiendo de los criterios que pretenden establecer sin éxito qué lenguas son judías, se obtiene que los rasgos comunes de todas estas lenguas son su fuente principal: los sustratos del hebreo y el arameo que afectan a niveles léxicos, sintácticos, morfológicos y fonéticos. Por lo tanto, dado que estos rasgos, y otros perfectamente sintetizados por la autora (p. 33), se manifiestan en el JA, sólo queda preguntarse si el JA es una lengua, un dialecto, una variante confesional o un registro dentro del árabe, tema bastante polémico que llega incluso a tomar tintes xenófobos. En resumen, los argumentos para considerar al JA como una entidad autónoma no sólo son lingüísticos, sino también de tipo cultural; sin embargo, la denominación de lengua es variable y está sujeta a criterios sociológicos, por lo que el JA podrá o no ser definido como tal dependiendo del criterio utilizado. María Ángeles Gallego decide tratar al JA como una lengua judía al desarrollarse en un ámbito y contexto específicamente judío y al contar con diferencias lingüísticas exclusivas; pero desde un punto de vista lingüístico más pulcro, para ella estamos ante una *variante*, dado que no resulta claro qué es lo que se entiende hoy día por lengua o dialecto en estos ambientes. Sea como fuere, el JA tiene la suficiente fuerza para plantear una cuestión de capital importancia: ¿qué es una lengua?

Un interesante epígrafe (2.5. *El JA medieval y su estudio*) pone fin al primer bloque del libro. Tradicionalmente se entiende que este período comienza con la traducción de la *Torah* al JA por Šā'adyah Ga'on (882-942). Este último epígrafe revisa la historia de la investigación, sus logros y derrotas, las principales colecciones y maestros, además de recoger los

recursos bibliográficos e institucionales dedicados a esta disciplina. El primer bloque, en definitiva, es un trabajo de síntesis magistral y de capital importancia, pues no se limita a describir y resumir, sino que invita a la investigación contextualizando correctamente el tema y ofreciendo las claves principales para entender el JA, así como todos los recursos disponibles para enfrentarse a este enorme monolito lingüístico y literario.

El segundo bloque, dedicado al estudio lingüístico, edición y traducción de un tratado gramatical, también resultaba de emergencia dado que es sumamente difícil encontrar un análisis tan exhaustivo y provechoso como el presente, aplicación muy consecuente del trabajo de Joshua Blau. En lo que se refiere a la fonética y ortografía del texto puede afirmarse que las características descritas pueden encontrarse por lo general en cualquier texto JA del período clásico, por lo que no se trata de un fenómeno aislado en la obra analizada, sino de un catálogo que ayuda a interpretar otros textos de esta naturaleza. La misma conclusión se obtiene de los datos del estudio morfológico, sobre todo en la esfera verbal, y del sintáctico, especialmente en las oraciones de relativo. El estudio semántico pone de manifiesto la presencia de lo hebreo en el *Kitāb al-taswi'a*, de hecho, puede dar la sensación de que el hebreo es, además del objeto estudiado, componente de una terminología metalingüística bilingüe, propiedad exclusiva del JA.

En lo que se refiere a la edición y traducción del *Kitāb al-taswi'a*, tras cotejar los manuscritos se llega a la conclusión de que las variantes entre los diferentes ejemplares pueden no afectar al sentido de la frase, pueden ser variantes lingüísticas que tampoco afectan al contenido y por último, destacan aquellas que sí repercuten en el significado y aclaran las lecturas oscuras. A continuación se examina la edición y traducción clásica de los hermanos Derenbourg (1880) y la principal conclusión es que esta versión está bastante limitada. Por un lado, como ya ocurrió con el *Kitāb al-mustalḥaq* (editado como *al-mustalḥiq*), el título de la obra no fue correctamente interpretado al confundir *hamza* con *yā'*, por lo que aquello que durante más de un siglo ha sido conocido como "*Libro del enderezamiento (al-taswiya)*", según María Ángeles Gallego es, en realidad, el "*Libro de la reprobación (al-taswi'a)*". Argumento que la autora justifica con pruebas sólidas, filológicas e históricas. Por otro lado, el texto original publicado por J. & H. Derenbourg ha sido despojado de

su auténtica naturaleza, el JA, y travestido con los criterios y la grafía del árabe clásico, lo cual, oculta una realidad existente durante más de un milenio y puede incluso llegar a oscurecer los títulos reales de estas obras, por no hablar del resto de los contenidos tal y como la autora demuestra.

En lo que se refiere a la edición, hemos de felicitarnos al encontrarnos ante un texto “puro” que recoge todas sus variantes y que exige del lector el conocimiento y manejo del JA tal y como el de los usuarios a los que iba dirigido, es decir, saber puntuar las letras enfáticas que no están marcadas en el original, diferenciar el árabe del hebreo y el arameo, si bien la editora ha marcado por lo general en negrita aquello que no es árabe, y reconocer las pseudocorrecciones estandarizadas, entre otros fenómenos. En este punto, el estudio lingüístico es una pieza clave para aprender a leer estas fuentes en su forma original. Resulta sumamente interesante que se haya seleccionado un texto de naturaleza gramatical, redactado además por el más insigne gramático hebreo de la Edad Media en general, para elaborar una descripción del JA. Ibn Ġanāḥ conocía y dominaba el árabe a la perfección, cualidad que se le reconoce justamente incluso en varias fuentes islámicas; de hecho, se inspiró en las grandes obras lingüísticas de los musulmanes para la redacción de su famoso *Kitāb al-Tanqīh*, obra que, en su sección gramatical, coincide con los principios lingüísticos de los musulmanes en más de doscientos cincuenta puntos. En este dominio de la lengua árabe por parte del autor es donde entra en juego y se ha de reconocer la existencia del JA como identidad independiente dentro del amplio crisol que supone el mundo árabe. Es decir, aunque Ibn Ġanāḥ domina el árabe clásico a la perfección y describe datos exclusivamente lingüísticos, no renuncia en ningún momento a su “idioma”, con sus pseudocorrecciones estandarizadas, el uso del adefato y la presencia del neoárabe, a pesar de estar más que cualificado para redactar una prosa árabe pura y clásica, como la que debió emplear al redactar su obra médica, más universal que el resto, *Kitāb al-Taljīs*. En definitiva, la editora ha hecho un esfuerzo tremendo por reflejar el texto tal cual es y se le ha de agradecer con creces dado que los procesadores de texto no están aparentemente aún a la altura de las circunstancias. La traducción, por su lado, es bastante literal, aunque muy cómoda de leer, y se ajusta a la realidad del texto editado. Es, en

definitiva, una versión mucho más madurada y sincera que aquella del año 1880 a todos los niveles.

En lo que se refiere al *Kitāb al-taswi'a*, desde un punto de vista más literario, hemos de encuadrarlo en el género de disputa filológica, tan del gusto andalusí. Ya desde los orígenes, en el siglo X, se produjo una acalorada diatriba entre los lingüistas hebreos de al-Ándalus. Las principales diferencias entre una y otra disputa son que en el siglo X las obras polémicas se redactaban en hebreo y la discusión se centraba en los sentidos de pasajes bíblicos, mientras que en el siglo XI se expresan en árabe y la discusión gira en torno a las teorías de Ḥayyūy y sus críticas. De hecho, determinados epígrafes (2§, 12§) conservan la estructura típica de este tipo de textos tal y como la encontramos en el siglo X, es decir, exposición de hechos lingüísticos, discusión y descalificación pública mediante fórmulas que pretenden mofarse del adversario: *¡Ojalá supiese yo qué presa es ésta a la que da caza el polvo! ¿Una gacela o una cabra?* (p. 134), *abandonar el camino abierto y meterse por los senderos en los que se esconden los cocodrilos no es una buena solución* (p. 150), o incluso en verso al final, *si vuelve el alacrán volveremos a él / y el zapato va a estar preparado para él* (p. 152), a manera de “continuará si continúan”, entre otras.

Desde finales del siglo X se abandonó el hebreo para hablar de cuestiones gramaticales y se comenzó a redactar prosa científica en JA. El personaje de transición de una lengua a la otra es Ḥayyūy (2ª mitad del s. X), que adaptó la metodología empleada por los musulmanes, con su lengua y su terminología, para explicar los verbos débiles y geminados del hebreo bíblico, provocando que cualquier judío culto que conociese la gramática árabe clásica pudiese adentrarse en el estudio de la Biblia desde sus mismas categorías. Tras la aparición de su obra, parece que se produjo un silencio, bien para la asimilación de conceptos, bien por la situación que provocó la interminable Gran Revuelta (*al-fitnah al-kubrā*); décadas en las que los escritos de Ḥayyūy se configuraron como una tradición (*taqlīd*) de indudable fidelidad. Según lo que sabemos, Ibn Ġanāḥ, en plena juventud, fue el primero en romper este silencio académico y tras leerse la Biblia hebrea completa ocho veces, redactó su *Kitāb al-Mustalḥaq/Libro anexo*, en el que revisaba y completaba la labor del más afamado maestro de la lengua hebrea. Aunque no pretendía ofender a nadie, esta obra, más o menos extensa, desencadenó una disputa filológica

intensa de la que sólo nos ha llegado una parte y de la que el *Kitāb al-taswi'a* es un eslabón más. Aunque Ibn Ğanāḥ adoptase a pie juntillas la teoría de Ḥayyūy, elaborase su discurso sobre sus conclusiones y las llevase a su máximo apogeo y difusión, construyendo su obra a partir de éstas, su inquietud o rebeldía científica fomentaba la discusión y es explícita cuando llega a reconocer que *soy de los que no adopta la opinión de Abū Zakariyyā' ni de ningún otro en algo en lo que encuentre un indicio que me haga discrepar de sus palabras* (146).

A pesar de que Ibn Ğanāḥ reconoce que no ha pretendido *acusar de ignorancia* (a nadie) *pues no es* (propio) *de mi carácter ni de mi condición y preferí callarme* (p. 151), lo cierto es que no parece disgustarle del todo que la disputa gire en torno a sus palabras en *al-Mustalḥaq*, de hecho llega a reconocer que *lo único que yo me propuse con este libro es daros a conocer la explicación de aquellas partes del Mustalḥaq que han sido contradichas, a pesar de que están claras para quien haya reflexionado sobre ellas* (p. 141). ¿Qué es lo que se está discutiendo en realidad en esta disputa? Convencido de que está rodeado de ignorantes que *se dedicaron a una disciplina para la que no sirven y se adentraron en una cuestión para la que no están capacitados* (p. 131), que son *el fruto de la ignorancia y el producto de la envidia* (p. 131) y que según él desconocen el funcionamiento de las letras débiles hebreas (p. 141: *no es mi obligación aclararlo*), no duda en humillar a su interlocutor con fórmulas tipo *¿Vosotros habéis entendido lo que dijo Abū Zakariyyā' al final de ese capítulo?* (p. 137). La verdad es que su adversario, tal y como lo describe Ibn Ğanāḥ, más que un lingüista es un aficionado que algo ha oído sobre gramática, terco e incapaz de dominar la conjugación verbal de forma improvisada, situación que provoca la mofa descarada del autor que dice sufrir un desvanecimiento similar al de lo epilépticos (p. 138) ante los desvaríos lingüísticos del aprendiz de su auténtico adversario, que siempre permanece en el anonimato (*al-qawm*).

Por último, el *Kitāb al-taswi'a* pone de manifiesto que Ibn Ğanāḥ es ante todo un lexicógrafo. La obra de Ḥayyūy contiene principalmente una descripción de datos morfológicos en los que la información semántica queda implícita o debe ser obtenida a partir del análisis de formas, de hecho, son diccionarios sin definición. Por su lado, Ibn Ğanāḥ, sin abandonar el factor morfológico formal da un paso más allá y enriquece la

técnica agregando al método el estudio del contexto para aclarar determinadas voces que no resultan del todo claras. De hecho, en varios epígrafes el argumento principal es el semántico (2§, 8§) y gusta en muchas ocasiones de traducir el versículo hebreo al árabe empleando giros perifrásticos y sinonímicos. Además, en esta pequeña obra encontramos un uso explícito de la semitística comparada, ya sea con el árabe (p. 139) o con el arameo (p. 147), el empleo de la antonimia para aclarar pasajes de la Biblia (p. 149), el uso de la masora (p. 144) y un análisis que está por encima del convencional o popular: *su significado no es el que le da la gente* (p. 136). En varias ocasiones anuncia que ha comenzado o está a punto de emprender la redacción del *Kitāb al-Tanqīh* (pp. 139, 146 y 149).

Estamos, en definitiva, ante un valioso y precioso volumen compuesto por dos bloques que ofrece una panorámica, a manera de síntesis, del JA y contiene un ejemplo práctico que da sentido a la teoría recogida en la primera sección. Hemos de felicitarnos por la aparición de esta nueva edición que pretende ofrecernos un texto “puro”, es decir, en su forma natural, en la que fue redactado por su autor y empleado por sus usuarios y acompañado de un exhaustivo análisis que nos enseña a leer y entender estas importantes fuentes tal y como son en realidad.

JOSÉ MARTÍNEZ DELGADO

GONZALEZ, FEDERICO Y VALLS, MIREIA, *Presencia viva de la Cábala*. Libros del innumerable, Zaragoza, 2006. 398 págs. ISBN: 84-95399-67-9.

En España, en el siglo XIII, se llegó a la más espléndida plasmación de la mística judía, que los cabalistas de Girona y Castilla supieron disponer a través de elementos neoplatónicos, para postular sus intuiciones acerca de la naturaleza insondable de Dios y también de sus manifestaciones. Sin embargo, sólo varios escritos breves de entre su ímproba producción han sido traducidos al castellano. Cuatro textos breves de Ezra de Girona (*Cuatro textos cabalísticos*, traducción de Miriam Eisenfeld, Ed. Riopiedras, 1994) y su *Comentario al Cantar de los Cantares* (Ed. Índigo, 1998) traducido por Nuria Gurión. También la *Carta Santa* de Nahmánides traducida al catalán, y que, como señalan los autores del libro que reseñamos, “estudios actuales (apuntan a) que pudiera deberse a la pluma de Chiquitilla y no a la de Nahmánides”